

# El caso del cantante de rock

Carlos Schlaen



loqueleo







[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 1994, CARLOS SCHLAEN

www.schlaen.com.ar

© 2000, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.

© De esta edición:

2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4379-1

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Ilustraciones del autor

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Schlaen, Carlos

El caso del cantante de rock / Carlos Schlaen ; ilustrado por Carlos Schlaen. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

64 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4379-1

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Schlaen, Carlos, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 1.700 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

# **El caso del cantante de rock**

Carlos Schlaen

Ilustraciones del autor

loqueleg



Desde que lo vi entrar a mi oficina supe que no me caería bien. No suelo dejarme atropellar fácilmente por la primera impresión, pero cuando me tendió su mano, húmeda y escurridiza como un arenque, supe que esta vez sería inevitable. El tipo no ayudaba. Así que, por el momento, resolví quedarme con mi primera impresión y liberarme de la mano lo más rápidamente posible.

Era medio petiso, más flaco que delgado y tendría entre treinta y cuarenta años; tal vez más, tal vez menos. Su cabeza brillaba por encima de una corona escasa de pelos largos y descoloridos y usaba un enorme impermeable verde metalizado, debajo del cual le asomaban los pantalones –amarillos con rayas negras, imitando la piel de un tigre– que caían en varios pliegues sobre sus zapatillas básquet rojas. Si lo que buscaba era llamar la atención, había que admitir que lo lograba.



Pareció dudar antes de sentarse frente a mi escritorio mientras le daba una rápida mirada a la habitación. Mi oficina no era para presumir, así que ya conocía esa mirada.

La mala impresión era mutua. Estábamos a mano y eso me reconfortó. Después de todo era un cliente y honestamente no tenía muchos. Ninguno, para ser totalmente honesto.

—Vos sos Nicolás... el abogado... ¿no...?

—Sí —le dije. (“Hace tres meses”, no le dije.)—  
¿Y vos...?

—Soy Yako, el manager de *Los Históricos sin Remedio*.

La explicación de por qué estaba sentado frente a mí en mi modesta oficina no era del todo una incógnita. A pesar del nombre, *Los Históricos sin Remedio* no son un grupo de desquiciados mentales —aunque algunos lo pongan en duda— sino la banda de rock nacional más exitosa de los últimos tiempos, y su letrista y arregladora es mi prima Violeta, el miembro más famoso de la familia. Claro que la familia no pensaba lo mismo hace un par de años cuando dejó de estudiar para dedicarse de lleno a tocar con esa “banda de facinerosos” como los llamaban. Pero ésa era otra historia, así que fui derecho al grano.

—¿Te manda Violeta?



—Sí, pero no sé si... —empezó a dudar el resbaladizo Yako mientras proseguía con su observación de mi oficina, ya sin el menor disimulo.

—¿Por qué no me decís lo que pasa y después decidimos si...?

Mi pregunta le habrá parecido una buena respuesta, porque el quía me echó una mirada aprobadora.

—Está bien, pero nada de lo que te diga debe salir de esta... habitación. ¿Me explico...?

Estaba empecinado en resultarme antipático. Pero decidí pasar por alto su nueva insinuación. Tenía motivos: mi oficina —ya lo he dicho— no era muy impresionante, estaba bastante intrigado con el asunto y necesitaba el trabajo. Tres buenas razones, sobre todo la última.

—Te explicás —lo tranquilicé y me lanzó una frase que me dejó duro.

—Secuestraron a Quique.

El tipo se las arreglaba para seguir con la iniciativa. No me esperaba algo así. Había imaginado un problema contractual, una demanda judicial, honorarios fáciles, qué sé yo. Pero que mi primer cliente me caiga con una cosa de éstas, me sobrepasó. Medio aturdido, resolví respirar hondo, hacer una pausa y actuar con aplomo para aparentar seguridad.

Pero no respiré. En lugar de eso me paré sal-

tando de la silla, que cayó estrepitosamente sobre el cesto de los papeles, y me fui de boca:

—¿Qué...?!

Las consecuencias de mi lamentable desempeño fueron, sin embargo, efectivas para el manejo de la situación, ya que Yako, desconcertado, pasó a la defensiva, contestándome rápidamente como quien responde al interrogatorio de un sargento de la montada:

—Quique... el solista del grupo...

—Sí, sí, ya sé quién es Quique —le dije, haciendo un gesto con la mano y dispuesto a aprovechar la inesperada ventaja lograda.

Ignorando la silla caída, me senté sobre el borde del escritorio —la otra silla la ocupaba Yako— e inclinándome sobre él, agregué lo más fríamente que pude:

—Contámelo todo.

Y el tipo comenzó a hablar.

“¡Ya lo tengo!”, pensé, entusiasmado.

Claro que, a la luz de los hechos que se avecinaban, no sé muy bien quién tenía a quién.



Esa mañana Yako, igual que de costumbre, se había levantado tarde. Al recoger el diario, en la puerta de su departamento, se había encontrado con

un video que venía sin ninguna nota. Estaba habituado a recibir videos de grupos nuevos que buscaban representante, así que no se sorprendió. Lo colocó distraídamente en la casetera, entró a la cocina a prepararse un café y se puso a hojear el diario. Mientras lo hacía se olvidó de la cinta, hasta que escuchó algunas palabras que le llamaron la atención: *secuestro... rescate...* y una voz que le resultaba muy conocida.

Dejó lo que estaba haciendo, fue a la sala y en la pantalla lo vio. Era Quique, muy demacrado y ojeroso, sentado frente a una mesa, leyendo un papel como un autómata. Tuvo que rebobinar varias veces para entender lo que decía. Lo habían secuestrado la noche anterior y pedían trescientos mil dólares por su rescate.

Terminó de contarme todo y se quedó hecho un ovillo sobre la silla.

—¿Avisaste a la policía?

Yako salió de su ensimismamiento y volvió a ser el de antes. Me clavó sus ojos amarillentos y dijo con mucha firmeza:

—Los secuestradores fueron clarísimos, nada de policía...

—Está bien —mentí.

Nada estaba bien.



SUPER-X

T-60

VHS

CHS



1:37

Yako me miraba fijo; evidentemente esperaba mi consejo. Yo, por mi parte, no tenía la menor idea de lo que debía hacer. Traté de pensar rápidamente en todas las películas de secuestros que había visto, pero fue inútil: estaba en blanco. El silencio empezó a hacerse sentir, hasta que unos golpes en la puerta me ofrecieron un alivio inesperado. Era Violeta que venía a ver la cinta.

—¡Eso...! —dije—. Veámosla.

Mi oficina —se imaginarán— no estaba equipada para esas necesidades, pero la casa de mis padres, que era la más cercana, sí lo estaba. Y hacia allí nos dirigimos los tres. Aprovechando que ellos habían salido, Yako sacó el video de las profundidades de su impermeable metalizado y nos sentamos a verlo sin testigos.

Era tal cual lo había descripto y no duraba más de dos minutos. Anunciaba, además, que en las próximas horas los secuestradores se comunicarían para indicar cómo hacer el pago. Cuando terminó, nos quedamos un buen rato callados, como hipnotizados, mirando atentamente la pantalla en blanco. Comprendí que, si seguía así, no tardarían en salir corriendo a buscar otro abogado.

—Está bien, empecemos por el principio. ¿Quién fue el último de ustedes que lo vio? —pregunté.

—Yo... creo —dijo Violeta—. Estuvimos todos

juntos ayer a la tarde ensayando en el estudio. Alrededor de las cinco, Bebe vino a buscarlo y no lo vi más.

—¿Quién es Bebe?

—Es el administrador de varios boliches. Teníamos un arreglo con él para que pase los temas de la banda...

—¿Teníamos...?

—Sí, hace tiempo; ya no lo necesitamos —agregó Yako con su mejor cara de pocos amigos.

Me imaginé que lo del “arreglo” tendría algo que ver con dinero y que el Bebe podría no coincidir con la apreciación de Yako. ¿Estaría buscando la forma de recuperarlo? ¿Podría alguien llegar al secuestro por plata? (¿Puede ser que alguien haga una pregunta tan estúpida?)

Insistí con que deberíamos avisar a la policía, pero Yako se puso duro al respecto. El grupo estaba a punto de firmar un contrato para realizar una gira en el exterior y lo que menos necesitaba en ese momento era que alguien se enterara de que el solista había sido secuestrado. Resolvió que esperaríamos las instrucciones de los secuestradores. Pagarían, Quique volvería y listo. Parecía simple.

La ingenuidad de Yako era conmovedora; sólo que el tipo daba la impresión de haber perdido la ingenuidad antes de nacer.

Esa noche el grupo tenía una reunión de prensa



por lo de la gira. Yako y Violeta se fueron a buscar al Pelado y a Ringo, los otros integrantes de la banda. Yo volví a mi oficina y empecé a llamar al Bebe. Pero el hombre era importante; o no estaba o estaba en reuniones. Comprendí que el teléfono no ayudaría, así que dejé dicho que pasaría a verlo.



Hice tiempo caminando por Corrientes. Recorrí varias librerías hojeando libros que no podía pagar, me comí dos porciones de pizza en Güerrín, subí y bajé todas las escaleras del Paseo La Plaza, hasta que finalmente llegó la medianoche. Me subí al auto de Violeta, con el que me había quedado, y me fui para Quilmes, a los dominios del Bebe.

El Bebe tenía el cuartel general en Kaskote, uno de sus boliches. Era un enorme bloque de cemento sin ninguna ventana; la única entrada era un portón negro de acero.

“No me gustaría tener que salir por allí en un incendio”, pensé.

En el frente, una multitud de chicos se adueñaban de la noche del viernes charlando y riendo, mientras otros, la mayoría, algo más ordenados, esperaban su turno para ingresar en una larga fila que se perdía en la oscuridad.